

OSCAR NAVAS

LOS OJOS de TINO

UNA COMEDIA TERRORÍFICA



*«Hola soy ficha roja
Y yo soy la ficha azul
Hola yo soy el dado
Anda dime que eres tú...»*

Parchís

Título: Los ojos de Tino

Ilustración de portada © Mónica Torralba, 2020

https://www.instagram.com/moni_torralba

Corrección ortotipográfica y de estilo: Sara Matamoros H.

© Óscar Navas, 2020

<http://www.oscarnavas.com>



Esta obra está licenciada bajo la Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional. Para ver una copia de esta licencia, visite <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es> o envíe una carta a Creative Commons, PO Box 1866, Mountain View, CA 94042, USA.

Aquello empezaba a ser un rollo. Al acabar las clases, al principio de aquel verano, habíamos llegado a reunirnos en el descampado casi diez para jugar a la lima. Cuando llegó la segunda semana de agosto, solo acudimos tres a la cita. Así no tenía gracia.

—Ya os lo dije. Esto pintaba mal —dijo Pablo, mientras arrancaba unos hierbajos que habían crecido a los pies del árbol en el que nos protegíamos del sol.

—¿Y Sandra? ¿Por qué no ha venido? —pregunté.

—Su abuela quiere que aprenda a coser y aprovechan que el resto de la familia se va a dormir la siesta para ponerse a ello —respondió Pablo—. Esta mañana me las he encontrado cerca del mercado y me dijo que tenía casi a punto un bordado. Me parece que le vamos a ver poco el pelo a estas horas.

—Y los del bloque de los pinos tampoco han venido ya —añadí.

—Es normal —comentó Nico—. Aquí todo el mundo se va al pueblo en vacaciones. Parece que nosotros seremos los únicos pringados que no nos vamos a mover a ninguna parte.

—Tú tan observador como siempre, ¿verdad, Nico? —replicó Pablo.

—Y tú siempre tan tramposo. No eres capaz de traer ni una lima y te traes un destornillador para jugar. ¡Así es más fácil clavarla! ¡Tiene contrapeso!

—¡Tú sí que tienes contrapeso! ¡Cómprate un espejo! —gritó Pablo.

—¡Ya está bien! ¡Dejadlo! —exploté, porque aquella discusión no nos iba a sacar del aburrimiento—. Lo que está claro es que no vamos a jugar hoy, y si esto sigue así, va a pasar lo mismo en lo que queda de verano.

—¡Bah! Pues si no hay partida, me voy a ver «Galáctica», que aún estarán echando el episodio de hoy —dijo Pablo, levantándose del suelo.

—¡Espera! ¡Un momento! —le advertí para que no se fuera—. ¿No os parece un poco raro todo esto?

—¿A qué te refieres, Capi? —preguntó Nico.

—A que se hayan ido al pueblo sin decir nada.

—Es cosa de sus padres. Ellos mandan. Si no les han dado tiempo de decirnos nada es porque habrán salido de un día para otro —explicó Pablo—. Nosotros siempre salimos de noche para no pasar mucho calor en el coche hasta Cáceres.

—Además —dijo Nico, mientras se ajustaba las gafas—, tampoco tienen teléfono allí donde van, como mucho una

cabina. Seguro que cuando lleguen allí llamarán para decirnos algo.

—Sí, para restregarnos lo bien que se lo están pasando, pescando en el río o yendo en bici por los caminos —contó Pablo con un resoplido final— Y nosotros aquí, aburridos.

Yo empujé con la zapatilla una de las jeringuillas que, como cada día, habían aparecido al lado de nuestro árbol.

—No deberías tocar eso. Te puedes infectar con algún virus y acabar en el hospital —comentó Nico, poniendo en práctica sus conocimientos de niño repelente de diez años.

—Ya lo sé. No pensaba tocarla. ¿No os extraña que cada vez aparezcan más jeringuillas?

—Jo, Capi, menudo descubrimiento —comentó Pablo, con cierta desilusión—. Son solo los restos de las juergas que se pegan los drogadictos de noche.

—Pero ahora hay muchas más. ¿No lo habéis notado?

—Como no hay cole, los mayores vienen aquí a beber cerveza y a drogarse —resolvió Nico.

—Claro —añadió Pablo—. Mi madre está asustada con mi hermano porque dice que va con malas compañías y no quiere que acabe en estas cosas. Siempre se queda despierta hasta que le escucha entrar por la puerta de casa.

Los dos me convencieron para no darle más importancia al tema, aunque la imagen del descampado sembrado de jeringuillas me tenía algo intranquilo. Nos quedamos callados durante un buen rato, cada uno en su mundo: Pablo dejando que las hormigas recorrieran sus brazos, Nico intentando subir al árbol sin éxito y yo descubriendo cosas extrañas con el pie. No lanzamos ni una sola lima.

—¡Eh! ¡Se me ocurre una cosa! —dijo Pablo, rompiendo nuestra monotonía—. ¿Por qué no vamos esta semana a comer al restaurante chino que han abierto en la calle Picasso? ¡Sería guay!

—¡Bah! —comentó Nico con desprecio—. Tú lo que quieres es hacerte el chuleta con Sandra porque sabes comer con palillos.

Pablo se cubrió la frente con la mano y negó con la cabeza.

—Mira que eres cenutrio, Nico. ¿No he dicho antes que Sandra cose con su abuela después de comer? No le daría tiempo a llegar...

Por una vez, Nico no pudo replicar a Pablo con alguna teoría como los viajes en el tiempo o la existencia de algún patinete ultrasónico. Así que agachó la cabeza, resignado a

tragarse su comentario, y Pablo aprovechó la situación para darle una colleja y salir corriendo hacia su casa, imitando el sonido de un *viper* mientras se alejaba. Un verano de lo más aburrido, sí...

—Martínez, ¿qué se sabe del 928 en Avenida América?

—Falsa alarma, jefe. Era solo un cigarrillo mal apagado en una papelera de la esquina con Calle Uruguay. Una vecina le ha tirado agua con la regadera y se ha solucionado, pero la humareda no se la ha quitado nadie.

—Uno menos. ¿Y del 934 en Calle del Carmen?

—No ha ido a más. El fino fresquito, que se le ha subido más de la cuenta a uno y ha estado diciendo cuatro tonterías sin importancia en el Bar Cruces.

—Entonces estamos al día, ¿no?

—Sí, jefe. Estamos en agosto, es lo habitual. Si esto no remonta podríamos venir en pantalón corto lo que queda de mes y nadie se daría cuenta.

El teléfono del despacho del jefe Ramírez sonó tres veces antes de que él cogiera el auricular.

—Ramírez al habla. ¿Qué tenemos?

La voz al otro lado de la línea le informó del 976 producido en el barrio de Rocalisa.

—¿De cuántos estamos hablando?

Al teléfono, le informaron de que se trataba de cuatro.

—Si solo son cuatro, debe ser una familia que se ha ido de vacaciones y no lo ha comentado con los vecinos, ¿no? No estaríamos hablando de una desap...

Al otro lado del teléfono, la voz interrumpió al jefe para recalcar que se trataba de cuatro familias enteras y un perro, no de cuatro personas. Algo se removió en el jefe Ramírez al oír eso.

—¡Joder!

Esa misma semana, las calles se llenaron de carteles anunciando la actuación de Parchís para las fiestas. Decían que el alcalde había accedido a traerles porque era lo que le había pedido su hija como regalo de cumpleaños y que, aunque pagar su caché iba a dejar las arcas de la ciudad tiritando, también supondría un reclamo turístico para las ciudades cercanas. El encargado de economía del Ayuntamiento ya había hecho una valoración de los kilos de helado y las sandías que habría que

traer para que no escasearan durante el evento. La más ilusionada con ese concierto era Tere, la hermana pequeña de Nico. Sus padres le dijeron que si no venía con nosotros no le dejaba ir ninguna parte, así que tuvo que acatar las órdenes y nos la tuvimos que llevar. De camino al restaurante se iba parando en cada cartel para contarnos lo simpático que era Frank y lo mal que le caía Yolanda, y que pensaba pintarse la cara con lunares de colores para el concierto.

Cuando llegamos, el China Town, que era lo que ponía en el letrero de letras doradas sobre fondo rojo, parecía cerrado. Aunque ya era mediodía y debería haber mucho bullicio en la entrada, las ventanas tenían unas cortinas de visillo blancas que no dejaban ver del todo lo que pasaba en el interior. Pablo abrió la puerta. Dentro el ambiente era muy distinto: había tres o cuatro mesas ocupadas y varios biombos que intentaban camuflar lo que había detrás. Pasamos por delante del acuario y Tere se quedó prendada de las dos langostas que caminaban por el fondo.

—¿Eso se come? —preguntó, con la nariz pegada al cristal.

—Pues claro. Es como una gamba gigante —respondió Pablo, mientras esperaba la llegada del camarero que salió a

recibirnos—. Pero vale tanto dinero que no podrías comerte ni una pata.

—Pues mi hermano tiene mucho dinero, porque esta mañana ha abierto la hucha de la comunión por el tapón de abajo para sacarlo —replicó ella con un gesto de burla y sacando la lengua—. Lo he visto.

Nos sentaron en una mesa junto a las dos que había también ocupadas, quedando otra más alejada. Recuerdo que tuvieron que ponerle un par de cojines a la hermana de Nico para que llegara a la mesa. Él nos estuvo resumiendo la importancia de la cocina china en el mundo y lo saludable que era, mientras Pablo y yo repasábamos la carta. Al final los dos nos decantamos por lo mismo: rollitos de primavera y tallarines fritos tres delicias. Nico se atrevió a pedir pato con bambú, y a su hermana le pidió pinchitos de gambas y le dijimos que era una de las grandes pero hecha a trocitos.

—Eh, señor. ¿A que la comida china es muy sana y por eso los chinos viven muchos años? —preguntó Nico al camarero cuando llegó con los platos.

El chino se quedó algo traspuesto con aquella pregunta, pero reaccionó de inmediato.

—Claro. Mi abuela tener más de cien años. Mucho grande.

—¡Toma! —gritó Nico, apretando el puño como signo de victoria—. ¡Os lo dije!

Los rollitos de primavera estaban muy buenos, aunque lo que más me gustó era la salsa que venía con ellos. La hermana de Nico se acabó todo el pan de gambas antes de que llegaran los segundos platos pero, en cuanto sirvieron sus pinchos, apartó el plato y se llevó la primera brocheta a la boca. De pronto se puso la mano en la boca.

—¡Tere! ¿¡Qué haces!?! ¡Tienes que soplar un poco! —le dijo su hermano.

—¡No! ¡No están calientes! —contestó ella—. ¡Mirad! Apuntó con el dedo a la mesa que estaba más retirada.

—¡Ostras! —exclamó Nico— ¿Ese es Tino?

Me giré en redondo para ver la mesa que tenía a mis espaldas. Allí había una señora con un collar de perlas, un hombre con bigote, medio calvo y con corbata, una niña que debía tener la edad de Tere y un niño mayor con un flequillo que le caía sobre la frente y una camiseta naranja.

—¡Qué va! —dijo Pablo—. ¿No ves que no va de rojo?

—Pero no va a ir siempre de ficha roja, ¿no? —dije yo, intentando dilucidar aún si lo era o no.

Entonces, me miró directamente, y reconocí al niño que salía en la tele cada dos por tres. Al verse observado por nosotros, bajó el flequillo y continuó con sus fideos. El señor de la corbata le hablaba, pero él parecía estar en otros asuntos.

—¡Que sí que es! —exclamó Tere, emocionada como nunca la había visto.

—¡Sí! ¡Yo también lo veo! ¡Madre mía! —gritó Nico, compartiendo el entusiasmo de su hermana.

—¿Podemos ir a saludarle? ¡Porfi, porfi, porfi! —preguntó Tere, sin poder parar de dar botes sobre su cojín.

—¡Bah! ¡Yo no voy a ir a ver a ese chulo! —sentenció Pablo—. A mí me gustan KISS, como a mi hermano. Esos sí que molan.

Nico accedió a los deseos de su hermana, y los dos se dirigieron hacia la mesa de Tino. Al llegar, él esquivó la mirada de nuevo.

—¿Qué queréis? —dijo el señor de la corbata.

—Queríamos saludar a Tino —respondió Nico—. Mi hermana es muy fan de Parchís. Bueno, y yo también. Lo que

pasa es que es un poco vergonzosa y no se atreve a decir nada. Y yo como soy mayor...

Tere se escondía detrás de su hermano, pero no le quitaba ojo a Tino, que parecía harto de atender a gente como ellos. El señor del bigote reaccionó de inmediato.

—Oye, sed buenos y dejadle en paz... Ha venido a pasar unos días antes del concierto para descansar. La noche de la actuación, si queréis, os podréis hacer una foto con él.

Nico y su hermana no opusieron resistencia y volvieron a la mesa con cierto sentimiento de derrota. La niña cogió el pincho de gambas y le dio un bocado, pero casi sin ganas y Nico, que estaba de lo más animado para probar una de aquellas exóticas delicatessen, parecía haber perdido el apetito.

—Ya os avisé... Es un estirado, siempre repeinándose para salir bien en las fotos... —comentó Pablo para consolarles—. ¡Venga! ¡Brindemos por esta comida tan guay! ¡Y por KISS!

Le seguimos el brindis a regañadientes y continuamos comiendo. Al final, nos invitaron a un helado verde que tenía un sabor un poco raro. Como era helado, no pusimos ninguna pega. Solo que, cuando eché un vistazo de nuevo a Tino, noté que mi vista se enturbiaba, y que él ya no estaba sentado en la mesa,

sino echado sobre ella, como el resto de los que compartían mantel con él. Miré hacia la derecha, y lo mismo pasaba con la mesa de al lado, y con la otra que se encontraba delante de la nuestra. Entonces un ruido me sacó de mi trance, y vi a Nico estrellando su cabeza contra el helado, y al poco, a Pablo haciendo lo mismo. Tere ya había caído cuando mi mente se quedó a oscuras.

—¡A ver, Martínez! ¡Necesito un informe de la situación!

—Jefe, tenemos cinco casos más. Todos de los barrios periféricos: Rocalisa, Montebajo y Mieleros. De momento nadie ha reivindicado las desapariciones ni han reaparecido los afectados. Tampoco hay peticiones de rescate...

—¿A quién ha puesto al mando de la investigación?

—A Romerales, jefe.

—¡Coño, Martínez! ¡Romerales no!

—Pero jefe, es de los mejores a pie de calle...

—¡Le he dicho mil veces que a él no se le puede encargar algo así, que se distrae con los detalles más tontos y luego no saca nada en claro! ¡Necesitamos a alguien rápido! ¡Busque a

Bermúdez! ¡Sáquele de la playa, si está de vacaciones! ¡Necesito que se reincorpore ahora mismo! ¡Es una emergencia!

—Sí, jefe, en seguida le llamo.

—¡Y prepare algo para la prensa! ¡No quiero que esto explote en los medios! ¡Necesitamos quitarle hierro al asunto si salta la noticia o el alcalde nos saca el higadillo!

—Como ordene, jefe.

—¡Y unos bocadillos! Esto va para largo...

En la trastienda del China Town, dos de los camareros se habían cambiado de ropa y se habían puesto unos enormes delantales blancos de plástico. Llevaban mascarillas, gorritos y guantes de látex. Habían convertido el almacén en una especie de quirófano, con cientos de cajas refrigeradoras apiladas unas encima de otras, que cubrían paredes enteras de la sala. Sobre una mesa metálica ante ellos se encontraba el cuerpo de un hombre de mediana edad y complexión robusta.

—¡Mira, Chen! ¡Mira qué maravilla de hígado! —dijo uno de ellos al retirar el órgano del cuerpo—. ¿Ves qué tacto tiene? ¡Qué tersura en los tejidos! ¿Y ese brillo? ¿¡Qué me dices de ese brillo!?

—Lo veo, Zhang... —respondió el otro—. Pero tenemos que darnos más prisa. Mira todo el trabajo que se nos ha acumulado hoy. Si no cumplimos los plazos y la mercancía se estropea, a quien Huang va a mandar quitar el bazo va a ser a nosotros.

—No hay prisa, amigo. Tenemos que dejar pasar unos días para que eliminen los somníferos de su organismo o no nos servirán de nada.

—Prefiero acabar antes de que lleguen los del próximo turno.

—¡Ah, Chen! ¡Disfruta! ¡Somos tan afortunados! —dijo Zhang, cambiando el curso de la conversación mientras introducía el hígado en una nevera de playa y lo cubría con varias bolsas de hielo—. Sabía que venir a España a recolectar iba a ser todo un éxito. Solo había que ver a esta gente en la televisión, durante el Mundial de fútbol. Ese entusiasmo, esa alegría, repercute en la calidad de los órganos... Por no decir, la comida y la siesta...

—La verdad es que daban envidia —asintió Chen, mientras abría la caja torácica del individuo con una sierra—. Yo soñaba con que la organización diera el visto bueno para trasladarnos a esta tierra. Sabía que podríamos conseguir

mercancía de calidad. Unos meses aquí y nos haremos de oro. Podremos retirarnos a una isla del Caribe y vivir como emperadores.

—Yo me quiero comprar un Ferrari descapotable —dijo Zhang, sacando el corazón de la víctima—. Si llueve y la tapicería se estropea, mandaré que le pongan una nueva cada día.

Las risas despertaron a uno de los prisioneros que observaban con horror las operaciones a sus espaldas.

—¿¡Qué hago aquí!? ¿Por qué me habéis encerrado? —dijo el niño, tirando de los alambres de la jaula con rabia.

Chen se acercó a la pequeña celda, que estaba adosada a una decena más de ellas, de dimensiones diversas y ocupantes conformes a su tamaño.

—Hola, bonito niño. Tú estar tranquilo. Acabar pronto —le dijo con una sonrisa y la ropa ensangrentada.

—¡Sacadme de aquí! ¡Estáis locos!

—No locos. Solo hacer trabajo.

—¡Estáis matando a personas!

—No matar, bonito. Solo sacar órganos importantes. Ellos morir; mala suerte. Mucha gente con dinero curar con esto en neveras.

—¡Dejadme salir!

—¡Dejadle salir! —irrumpió una voz aguda que salía de las entrañas de una niña rolliza—. ¿¡Es que no sabéis quién es!?

El niño se giró a la niña apresada dos celdas más allá y le hizo señales para que se callara.

—¡Es Tino! —dijo Tere sin poder reprimir su furia—. ¡Dejadnos ir a todos, chinos!

—¿Tino? ¿Quién Tino? —preguntó a Zhang, que también puso cara de desconocer la identidad del prisionero.

—¡El cantante de Parchís! ¡La ficha roja! —gritó la niña, llorando de impotencia.

—¡Oh! ¡Parchís! ¡Cantante de la tele! —dijo Zhang, acercándose a su compañero—. ¡Gran éxito! ¡«Don Diablo»!

—¡Esa no es nuestra! ¡Es de Miguel Bosé! —recriminó Tino, que se sintió ofendido por ser reconocido por una canción que no era suya.

—No importa. Tú famoso. Tu valer mucho dinero —dijo Chen.

—Si me tocáis un pelo, os vais a meter en un buen lío —sentenció Tino, con un coraje como correspondería al mayor de los integrantes del grupo.

—Tú guapo. Y valiente —añadió Zhang, mientras se dirigía a su jaula—. Pero tú boca grande. Bonitos ojos también. Haré llavero para mi coche con ellos.

—¡Qué *lastimica*, Genaro! Cada vez que veo entrar a alguien pienso: «Pobrecillos, ¿qué habrán hecho para merecerse eso?»

—¡Qué te crees, Encarni! ¿Que no me duele a mí también? Pero, ¿qué hacemos?

—Pues no sé, algo podríamos hacer.

—Pues dime tú. Dime quién se iba a creer que llevamos días viendo que el que entra en ese sitio, no vuelve a salir.

—Pues la policía o el alcalde. Alguien debería saberlo.

—¿El alcalde? ¡El alcalde a lo que se debe estar dedicando en estos momentos es en pensar de dónde sacar dinero para un chalé nuevo! ¿Sabes lo que te iban a decir? Que ya no te riega la cabeza. Que te está dando el alzhéimer ese y que mejor estarías encerrada en una residencia.

—¡Ah, no! ¡A mí no me meten en una residencia! Que yo me sigo tomando mis galletas con café con leche y haciéndome mis potajes la mar de bien sola. No necesito a nadie.

—Pues si no quieres que te metan en una, mejor estás calladita.

—Ya, pero... Esa gente... ¿Y los niños?

—Mira, Encarni. Ellos se lo han buscado. Quedándose en sus casas no se lo hubieran encontrado.

—Pues sí que es verdad... Mira la niña de la Isidora, sin ir más lejos. Sandra me parece que se llama. Mira qué niña más aplicada y qué contenta tiene a la abuela, que me ha dicho que hasta está enseñándole a bordar y todo.

—Como tiene que ser. Una niña decente, no un gato montés como los niños que se ven hoy en día por las calles. ¿Dónde se ha visto una chiquilla que vaya como una pordiosera, tirándose por los suelos y metiéndose en problemas?

Los chinos demostraron ser unos gritones. Mientras seguían abriendo cuerpos y convirtiendo la trastienda del restaurante en una carnicería, no dejaban de soltar risotadas y hacer comentarios con voces tan atronadoras que resonaban en la sala, convertida en una nave de congelación. Así fue como todos los comensales del restaurante consiguieron despertarse. Me sorprendió que Pablo estuviera tan callado, acostumbrado a

que no pudiera mantener la boca cerrada. Por lo que dijo, le dolía aún la cabeza. Yo creo que no quería que notáramos que estaba llorando. A mí me parecía una tontería, porque todos lloramos de miedo en aquel momento. Desde los pequeños hasta los mayores, incluyendo al señor de la corbata que había sido tan antipático en la comida. Incluso pude ver cómo Tino se acurrucaba en su jaula y lloraba durante un buen rato, mientras se atusaba el flequillo para mantenerse bien peinado.

—¡Eh, colega! Saldremos de esta, no te preocupes —le dije, en un intento por que su moral remontase el vuelo.

Él ni me miró. Entonces me puse a revisar la sala en la que estábamos secuestrados. Había un pasillo que debía comunicar con el restaurante y una puerta metálica que se suponía que daba al callejón sin salida de la calle adyacente. También un par de rejillas de ventilación que estaban por encima de nuestras cabezas y que debían coincidir, a ras de suelo, con la acera que encauzaba con la entrada del restaurante. Frente a nosotros, una gran sala con unos fluorescentes de mucha potencia en la que estaban las cajas y la mesa de operaciones, y en la que los chinos seguían con su actividad frenética. No entendía ni una palabra de lo que decían. Solo podía ver vísceras, corazones y pulmones saliendo de los cuerpos y siendo

depositados en cajas de plástico con hielo. Mucho hielo. Tanto que aquella sala se había convertido en una nevera propiamente.

De pronto, sonó un teléfono. Uno de los destripa-cuerpos se quitó los guantes y lo cogió en seguida. Afortunadamente, el que esperaba al otro lado no era chino.

—Aquí restaurante China Town. ¿Quiere pedido? ... ¡Ah! ¡Hola, señor Castro! ... No hace falta contraseña. Yo conocido voz. ... Aquí Qiang y Gao trabajando. ... Sí, avión privado llega mañana noche. Nosotros cargar neveras madrugada. ... Sí. Tú coger dinero cuando avión salir. ... Sí, muy contentos, sí. ... Sí, buen material. Barrios Extremadura y Andalucía siempre buenos, buen jamón, buenas partes. ... Sí, descampado no mucho bien, porque gente que pinchamos no muy sana. Pero restaurante mejor. ... Sí. No se tira nada. ... Vale, señor Castro. ... Hasta luego.

El descuartizador colgó el teléfono, momento que aprovechó el señor de la corbata para gritarle que no sabían con quién estaban tratando, que era el alcalde y estaban violentando a su invitado y su familia, y que toda la policía iba a estar detrás suya en cuestión de horas. Pero aquello no parecía alterar a los dos chinos del turno de tarde, que seguían sacando intestinos, riñones y páncreas, como si estuvieran en una cadena de

montaje. El olor a metálico lo inundaba todo y algunas salpicaduras llegaban hasta nosotros, produciendo arcadas y conatos de vómito que no mejoraban la situación. Por suerte, Teresa estaba protegida de todo aquello por su hermano, con el que compartía celda.

—¿Te acuerdas del cuento de Caperucita y el lobo?

—Claro.

—Pues esto es lo mismo, pero cambiando el lobo por un chino. Y el final será igual. Solo tenemos que esperar a que llegue el leñador...

Vi que Pablo se incorporaba y aproveché para ponerle al día de lo sucedido mientras estaba medio ausente. Su cara al enterarse de lo que se proponían aquellos individuos lo decía todo. Nico, que estaba en la jaula contigua, al ver esa expresión en su rostro, se asustó un poco.

—¿Qué pasa? —cuchicheó para no alertar a su hermana.

—Nos quieren vaciar como si fuéramos una vaina de habichuelas —le susurró Pablo, casi al oído.

—Imposible. Ni en las películas triunfa un plan como ese.

—Enviarán nuestros órganos a gente con dinero por avión.

—Hacerse donante de órganos es un gesto encomiable, siempre y cuando la persona ya haya muerto. Porque estando viva y por obligación, es algo reprochable —dijo Nico, sacando su faceta erudita.

—Y van a utilizar lo que sobre para algo más —continuó Pablo.

—¿Para qué?

—¿Estás seguro de que lo que pediste era realmente pato?

—¿A qué viene eso? ¡No irás a creerte esas leyendas urbanas que cuentan que en los restaurantes chinos se come perro! ¿Verdad?

—No me refería a que sirvan perro precisamente...

Nico empezó a vomitar en el mismo instante en que la imagen de las rodajas rojizas de pato acudió a su mente. Los chinos encargados del despiece, al ver su reacción, exclamaron algo en su idioma para luego medio esbozar con tono de cabreo un «traigo fregona».

Entonces, entre tos y tos de Nico, escuchamos algo que provenía de una de las rejillas.

—¡Eh, chicos! ¿Estáis ahí? —susurró una voz precavida.

—¿Quién es? —preguntó Tere a su hermano.

Él esbozó una sonrisa.

—Nuestra leñadora...

Sandra tuvo que tirarse al suelo para acercar su oreja un poco más a la rejilla de ventilación del restaurante, porque el ruido del aire acondicionado que tenía cerca no le dejaba escuchar ninguna respuesta.

—¡Eh! ¿Estáis ahí? —volvió a preguntar.

—¡Sandra! ¡Estamos aquí, pero no podremos hablar mucho! —dijo Capi, desde el otro lado—. Los chinos volverán enseguida.

—¿Y qué hacéis ahí? ¿Por qué no salís? —dijo, recalcando su extrañeza—. ¡Lleváis ahí dos días! ¡Hasta vuestros padres estaban preguntándose dónde estaríais!

—¿¡Crees que seguiríamos aquí si pudiéramos salir!? —susurró con algo de desesperación Pablo—. ¡Nos tienen secuestrados!

—Vaya, entonces es verdad...

—¿El qué? —preguntaron desde abajo.

—Que os habíais metido en un lío por venir al restaurante.

—Y tú, ¿cómo lo sabías? —quisieron averiguar las voces de abajo de nuevo.

—La señora Encarni se lo dijo a mi abuela hace unos días, pero ella no hizo mucho caso. La cosa es que luego el zapatero comentó que le habían llegado voces de que en el restaurante nuevo pasaba algo, y que los chinos le pedían mucha cantidad de pegamento porque decían que el que vendían en su país no era muy bueno. Luego Luis, el del colmado, le dijo a mi abuela que le parecía curioso que no le compraran nada más que comida de bote, con las ofertas tan buenas que solía tener en la verdura fresca. Y también el frutero, que le contó que...

—¡Sandra! ¡Acelera que van a volver! —reprendió Capi, que tenía un ojo en el pasillo y el otro en la rejilla.

—El caso es que mi abuela se lo contó al final a mi madre, pero ella no le creyó. Me dijo que parecía que a la abuela se le ocurrían unas cosas muy raras y que a ver si no estábamos tanto rato cosiendo para que no se cansara...

—¡Sandra! ¿¡Y!?

—Pues que yo creo a mi abuela en todo lo que me dice. Me da muy buenos consejos siempre. Y sé que no está loca. Por eso hemos venido. No os preocupéis: os sacaremos de ahí...

—¿Y cómo vas a hacerlo? ¿Tienes algún plan? — preguntó Nico, que ya había recuperado el aliento después recordar su última digestión.

—¡Claro! Mi abuela se ha encargado de todo...

La puerta del restaurante se abrió de repente, sorprendiendo a Chen y Zhang recién duchados y con sus trajes de camarero bien planchados, que esperaban al fondo del negocio. Su mirada al ver lo que se les venía encima hubiera merecido una entrada propia en las enciclopedias, en la definición de «pavor». No era para menos. La abuela de Sandra, la señora Paca, había irrumpido en el restaurante vestida con un traje de lentejuelas azul y unos zapatos con un forro de terciopelo del mismo color y de tacón bajo. Pero esa no era la imagen que les había dejado conmocionados. La marabunta de ancianos vestidos de etiqueta que se adentraban tras ella era lo que realmente no estaban acostumbrados a encontrar en su restaurante chino tapadera. El reguero de abuelos que entraba por la puerta se fue distribuyendo por el salón principal, con la señora Paca a la cabeza de todos ellos.

La abuela de Sandra se dirigió a los encargados del local.

—Veníamos al baile —les dijo a los dos chinos.

—Aquí no baile. Este restaurante de comida —contestó Chen, intentando deshacer el entuerto.

—¿¡Cómo que no hay baile!?! ¡Si llevamos todo el mes ensayando! —dijo poniendo el grito en el cielo la señora Paca.

De la trastienda, al escuchar los gritos y el jaleo de un coro organizado de ancianos, acudieron Qiang y Gao, que se habían deshecho de sus ropas manchadas, y los encargados de la cocina, que tenían varias cazuelas al fuego.

—No, señora. Aquí solo comida china: arroz frito, pollo con almendras... —dijo Zhang, con la boca pequeña.

—¿Me están tomando el pelo? ¡Pues nosotros hemos venido al baile! ¡Y si ustedes no ponen la música, la pondremos nosotros! ¡Dale, Manuel!

Cerca de la entrada, el señor Manuel, que había sido cabrero toda su vida en el pueblo y que de transistores entendía un rato largo, sacó una radio del bolsillo de su chaqueta y la encendió. Enseguida empezó a sonar un pasodoble que los ancianos comenzaron a seguir localizando pareja, otros en solitario, incluso alguna buscando la complicidad de alguno de los chinos que se tomó la situación como una curiosa anécdota que contar en su país. El ejército de abuelos era una fuerza

pacífica, pero bien organizada, y su peor arma estaba siendo ser ellos mismos, unos niños que se habían dado cuenta tarde de que habían crecido demasiado: unos revoloteaban aquí y allá, alguno se atrevía a subirse a una mesa, con las debidas precauciones de la edad, otros tiraban sus bastones y se aventuraban a poner a prueba sus caderas.

Los chinos se habían visto engullidos por aquella espiral de risas y baile, y se dejaron llevar, despreocupados de lo que estaba sucediendo en la trastienda. Porque Sandra había accedido a la puerta de la trasera y la había abierto con un juego de llaves maestro que le había conseguido el zapatero, que también hacía copias en su negocio y recordaba que el antiguo propietario del local montó una mercería muy grande hacía muchos años y que fue la envidia de toda la provincia por la calidad de las medias que vendía.

—... Las vendían incluso en París, y a la gente de dinero de la época...

—Vale, Sandra, no es momento de que nos cuentes toda la historia. ¡Tenemos que salir cuanto antes!

—¡Ya va, Capi! Qué poco os gustan las historias... Deberíais escuchar más a vuestros abuelos. Se aprenden muchas cosas de ellos y de sus vidas.

Sandra cortó las jaulas con unas tenacillas que le había dejado prestadas el señor Joaquín, de la ferretería. Le había asegurado que eran tan resistentes que podrían cortar diamantes. Y ella no podía comprobarlo en ese momento, porque no tenía uno para ponerlas a prueba y porque tampoco tenía el tiempo necesario para encontrar un diamante, pero se alegró al ver que eran lo suficientemente buenas para recortar un agujero en la jaula de un señor con bigote y corbata que iba acompañado de una niña y una señora con collar de perlas. También de un par de familias que no conocía. Pero sobre todo, de dejar libre a sus amigos: a Nico y su hermana, a Pablo y a Capi. Entonces se dio cuenta de que había otro niño en una de las celdas.

—¡No puede ser! ¿¡Eres tú de verdad!? —gritó emocionada Sandra al reconocer aquella mirada y el flequillo que la acompañaba.

—¿¡Quieres darte prisa!? —apremió Tino, con voz temblorosa.

Sandra apagó su sorpresa con el jarro de agua fría que le había echado Tino. Recortó un agujero a ras de suelo por el que pudo salir sin demasiadas dificultades. Él se incorporó inmediatamente y se sacudió la ropa.

—¡Quiero irme a mi casa! ¡No pienso actuar en este sitio nunca más!

Al alcalde se le quedó un semblante blanco y corrió a buscar a la estrella para calmar los ánimos encendidos.

—Vamos, chico. No te alteres, verás como todo se arregla...

Pero no se arreglaron... La pandilla se quedó en la trastienda mientras el resto de secuestrados salía por la puerta trasera. No volvieron a ver a Tino nunca más y Parchís no actuó aquella semana en las fiestas... Al poco tiempo, Tino dejó el grupo con la excusa de buscar nuevos horizontes musicales. Un argumento muy sutil para justificar que prefería tener cinco guardaespaldas para él solo que tener que compartirlos con el resto de los integrantes. Pero lo que Capi recordaría toda su vida fue aquella mirada triste de un Tino que lo tenía todo, pero que en aquella trastienda era solo un niño asustado más.

—¿Qué será de él? —se preguntó Nico—. Los chinos parecían muy interesados en secuestrarlo para conseguir mucho dinero...

—Estoy seguro de que no darán su brazo a torcer —replicó Pablo.

—¿Y crees que lo conseguirán? —insistió Nico.

—Me apuesto lo que quieras. No pararán —aseguró Pablo—. Cuando se les mete algo entre ceja y ceja son terribles. ¿No has visto las pelis de Bruce Lee? ¡Ese tío es capaz de romper tablas con un dedo!

La pandilla apareció en el salón en medio de un gran baile de mayores del que no pudieron escapar. Escudados por un centenar de bailarines, pasaron desapercibidos hasta llegar a la salida del restaurante, del que todos salieron con la totalidad de sus miembros y saludando a los simpáticos chinitos que se habían unido a la fiesta y que lo habían pasado tan bien.

—Martínez, quiero un balance de la situación.

—Pues verá, jefe...

—Ande, deme una alegría, hoy me he levantado optimista.

—Pues...

—¡Vamos! ¡Cante!

—Se han producido más desapariciones. Esto es un reguero que no para. Hasta esta mañana se han contabilizado 132 personas de las que no se tiene información desde hace días y...

—Pero, Martínez, eso no es posible...

—Sí, Capi, lo es...

—¡Nico! ¡Te he dicho que no me llames así en el trabajo!
¡Han pasado cuarenta años ya de aquello!

—Perdona, Capi, pero es que ya no sé qué hacer... La situación se ha descontrolado del todo.

—Ese Huang está cumpliendo su amenaza...

—Es que les dejamos en evidencia... Se la liamos bastante gorda...

—¿Y el alcalde? ¿Qué ha dicho cuando ha visto los números?

—¿Pablo? Que si hubieran traído a KISS para las fiestas de aquel año, otro gallo nos hubiese cantado... Ya le conoces...

—Está claro que nos controlan. Con tanto móvil y tanta cámara de fotos «made in China», saben todos nuestros movimientos y juegan con nosotros al gato y al ratón. Solo que el ratón acaba al final...

—No me lo recuerdes, Capi.

—Se han hecho tan fuertes que no hay manera de escapar de ellos. Seguimos teniendo pegamentos mejores que los suyos, pero eso no sirve de mucho ahora...

Capi miró hacia la estantería y vio el bordado con su nombre que le regaló Sandra días después de que pasara todo aquello.

—...A no ser... A no ser que nos unamos y repitamos la historia... Solo así les venceremos... Claro... ¡Deprisa! ¡Quiero una red de informadores que se pateen las calles día y noche para enterarse hasta de cuándo tira de la cadena el cura! ¡Quiero gente delante de cada bazar chino, de cada taller y de cada local de uñas! Vamos a convertirnos en sus sombras...

—¡Sí, Capi! ¡Buscaré a los mejores!

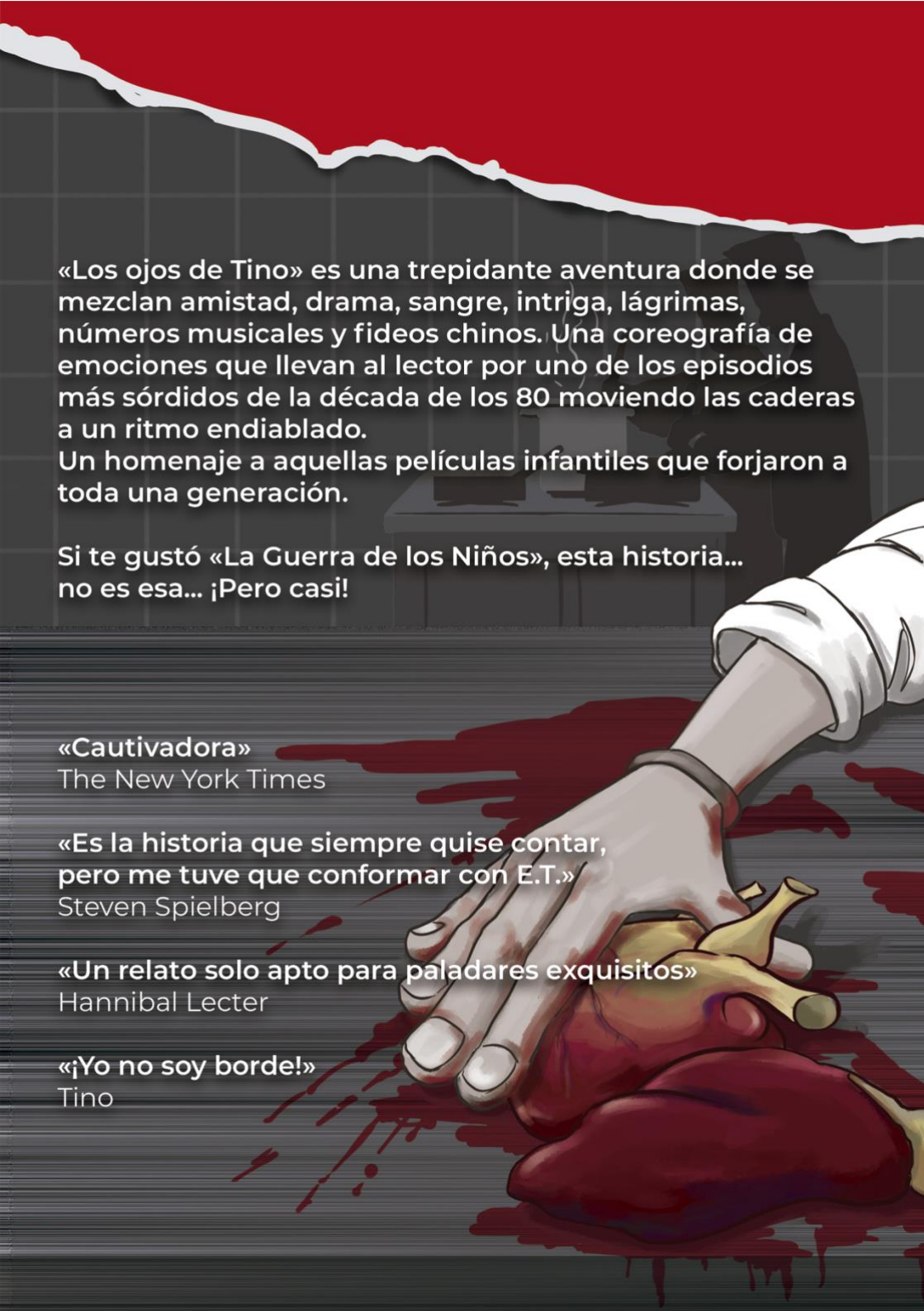
—¡Y mete a Romerales también!

Nico salió del despacho a toda prisa, tirando un montón de papeles de una de las mesas de la oficina.

—Al menos Tino debe estar a salvo, ¿verdad? —se preguntó.

Pero no hubo respuesta...



A hand in a white lab coat sleeve is shown holding a human heart. The heart is rendered in a realistic, anatomical style with red and yellowish tones. It is positioned over a dark, grey surface that is splattered with a large amount of bright red blood. The background is dark and textured, with a jagged, white, torn-paper-like edge at the top, revealing a solid red area above it. The overall mood is somber and dramatic.

«Los ojos de Tino» es una trepidante aventura donde se mezclan amistad, drama, sangre, intriga, lágrimas, números musicales y fideos chinos. Una coreografía de emociones que llevan al lector por uno de los episodios más sórdidos de la década de los 80 moviendo las caderas a un ritmo endiablado. Un homenaje a aquellas películas infantiles que forjaron a toda una generación.

Si te gustó «La Guerra de los Niños», esta historia... no es esa... ¡Pero casi!

«Cautivadora»
The New York Times

«Es la historia que siempre quise contar,
pero me tuve que conformar con E.T.»
Steven Spielberg

«Un relato solo apto para paladares exquisitos»
Hannibal Lecter

«¡Yo no soy borde!»
Tino